

EL MEJOR LIBRO DEL MUNDO

Jesús Antonio Marcos Carcedo

Resumen: La jerarquización de la producción intelectual resulta difícilmente justificable. Lo peor es lo más conocido y lo publicado es sólo aquello que menos desasosiego nos produce. La investigación utópica debiera proponerse la búsqueda de lo no publicable.

Una de las pruebas más ostentosas de la fatuidad de la condición humana es la pretensión de jerarquizar la producción literaria. Se suele decir, por ejemplo, que *El Quijote* es el mejor libro de la prosa castellana o que Shakespeare es la cumbre de la dramaturgia inglesa. Pero, si bien es fácil dictaminar quién mide más centímetros de estatura o quién recorre cien metros lisos en menos segundos, resulta imposible idear un procedimiento que permita medir la calidad literaria de una determinada obra: lo cualitativo no es mensurable y donde no hay medida difícilmente se establece la jerarquía (los machos dominantes son cuantitativamente más grandes que los dominados y por eso son, en general, sus jefes). Podemos recurrir, como de hecho se hace, a la opinión mayoritaria de los expertos, en un desesperado intento de cuantificar por esa vía lo cualitativo, pero, además de posibles incongruencias lógicas, el procedimiento peca de un defecto de base: los llamados expertos no son, a fin de cuentas, más que aquellos sujetos que más han sufrido la influencia de la educación recibida y de los prejuicios acumulados durante generaciones y no los poseedores de una vara de medir o de un procedimiento objetivo indiscutible. Los expertos se limitan a proyectar sobre la obra literaria los juicios previos que a ellos les han inoculado. A eso debe añadirse que lo intelectual también ha ido vertebrándose en torno a redes institucionales que necesitan fijar un canon para justificar su propio status y hasta su permanencia como tales instituciones. Catedráticos, editores e intelectuales famosos actúan cual clero de la inacabable Biblia de la cultura humana. Ellos evitan que los juicios estéticos oscilen de continuo, denigrando hoy lo que se alababa ayer, y al mantener el canon mantienen su propio privilegio y el de la estructura en que se funda. Sin ellos ocurriría respecto a la literatura lo

mismo que ocurre en el enamoramiento personal: para el amante, el brillo de los ojos que ayer le seducía hoy es tontuna vanidad; para el lector, la aliteración que a uno transporta a angelicales mundos, a otro se le convierte en insoportable cursilería. Del mismo modo que el matrimonio indisoluble apenas se mantiene sin iglesias, el aprecio literario sólo es unánime si se apoya en la red institucional de la cultura oficial.

Quien sostenga lo contrario se hallará en una posición dialéctica muy difícil de mantener. Indico aquí algunos de los inverosímiles supuestos en los que debería apoyarse para que esa posición fuera defendible (pueden verse como alternativos o como complementarios):

- a) Que la superioridad de ciertas obras deriva de su adecuación a un modelo perfecto y universal de escritura, de cuya visión directa o intuitiva disfrutarían los jueces universitarios o los críticos. De esa intuición primera se deducirían las consecuencias aplicables al calibrado riguroso de cada libro concreto.
- b) Que a lo largo de la historia humana se produce un continuo progreso espiritual o un desarrollo del espíritu que permite juzgar con objetividad creciente los productos de cada época.
- c) Que la sociedad posee un adecuado sistema de selección de sus jueces, de tal modo que sólo las personas más capacitadas para hacerlo acceden al privilegio de emitir sus veredictos desde cátedras, periódicos o revistas (lo que, de paso, presupone que también la sociedad posee un modelo unitario para calibrar la valía de los jueces).
- d) Que los jueces actúan con imparcialidad ideológica, sin que para ellos haya condicionamientos históricos, culturales o de clase.
- e) Que los editores y empresarios de cada época se han interesado por inmortalizar y difundir lo mejor y no lo más rentable.
- f) Que los jueces no buscan de ninguna manera un éxito profesional o social a través de la coincidencia con lo que su público espera de ellos.

Etcétera.

Defiendo hasta aquí, pues, que en el mundo de la literatura o de la escritura en general no hay ni buenos ni malos libros, sino jerarquías establecidas caprichosamente en función de antiguos prejuicios sociales. Pero, a partir de aquí, matizaré mi punto de vista construyendo una tesis de carácter nihilista que, seguramente, resultará desagradable, aunque espero que, a la vez, se la encuentre interesante. Admitiré ahora que existe o existirá un libro mejor que ningún otro, pero defenderé, al tiempo, que ese “mejor libro del mundo” no ha sido publicado ni lo será nunca y que, en el más favorable de los supuestos, yace olvidado para siempre en las estanterías del registro de la propiedad intelectual o de alguna polvorienta o insignificante biblioteca. O, lo que es lo mismo, el criterio para destacar o negar la categoría de un libro debe ser el de

su lejanía o proximidad respecto a la impublicabilidad absoluta. Entiéndase que las razones para negar la publicación de un mal libro son siempre coyunturales o superables, mientras que para un gran libro son razones o motivos insuperables.

Me baso para ello en la observación de que la mente y la sociedad humanas tienden a rechazar todo lo nuevo y lo profundo, del mismo modo que los animales expulsan de su territorio familiar a cualquier otro animal o cosa que alteren su proceder cotidiano. Seguramente, esa actitud responde a radicales necesidades de nuestro espíritu. Heidegger llama el "uno" a nuestra forma de ser cotidiana y vulgar, disuelta en las convenciones sociales y, entre las ilustraciones que propone de nuestro actuar bajo el señorío del "uno", está la de que "leemos, vemos y juzgamos de literatura como se ve y juzga". Pero dejarse llevar por el "se" ("se" piensa, "se" dice...) significa huir de "sí mismo" o de lo más profundo de la vida. Pues bien, me parece que sólo desde la conformidad social o desde ese "uno" que nos coloniza puede escribirse una historia jerarquizada de la literatura, mientras que el criterio de la impublicabilidad atiende a la búsqueda del enigmático y evasivo centro de lo que somos.

La historia de la investigación y de la innovación científica o la del arte nos muestran reiteradamente la tendencia a rechazar profundizaciones o perspectivas nuevas. Pero, en la línea que venimos siguiendo, debemos ir más allá de tales observaciones, que han llegado a poseer ya casi un carácter banal. En realidad, esos rechazos históricos siempre han acabado transformándose en grandes éxitos en décadas o siglos posteriores y, en ese sentido, sólo nos ofrecen un leve indicio de lo que la cerrazón humana puede dar de sí. Yo creo que nuestra tendencia reaccionaria es tan intensa que nunca ha dejado florecer o expresarse a los verdaderos ingenios. Ni Galileo, ni Newton, ni Shakespeare, ni Cervantes fueron, seguramente, las figuras más eminentes de su tiempo, sino otros autores cuyas obras hoy nos son desconocidas porque a quienes las leían se les erizaba el cabello y las sensaciones placenteras o dolorosas que provocaban eran tan agudas que se resolvían en un vivo rechazo.

Hemos de admitir que la mejor ciencia nos abismaría en misterios electrizantes, que la mejor literatura jugaría con nuestro espíritu hasta hacernos zozobrar, que la mejor filosofía removería hasta el cimiento más hondo de nuestro ser y que eso, por principio, es insoportable para la pequeñez que representa el pobre "yo" individual de cualquier persona.

Por eso, los mejores libros no han podido salir a la luz, por su intrínseca insoportabilidad. Por eso también, los historiadores del futuro más lejano, aquél en el que el hombre sea ya el superhombre nietzscheano, deberán sumergirse en archivos olvidados para reescribir la historia intelectual de la humanidad, para descubrir los textos de aquéllos que no sólo se adelantaron a su época sino a todas las épocas, de aquéllos que no pudieron hablar porque sus palabras resultaban titanes demoledores.

Pero, inmediatamente, hemos de hacer una nueva corrección sobre lo dicho, pues si la mejor literatura es impublicable por su insoportabilidad, ¿cómo pudieron soportar su aparición sus propios autores, cómo pudieron dominar o encauzar lo que iba emergiendo ante sus ojos si también para ellos, en cuanto humanos, resultaba un ciclón arrasador? Creo que aquí sólo me es posible defenderme recurriendo al gradualismo. En el nivel más bajo de la genialidad estarían los libros no publicados, pero cuyos autores llegaron a intentarlo tras sobreponerse al impacto terrible de su propia criatura; sería en este nivel en el que cabría la investigación futura y la reescritura de la historia literaria. En un nivel intermedio se hallarían los libros guardados para siempre en los cajones de los autores u olvidados o destruidos por ellos mismos; algunos de éstos podrían ser recuperados, al menos parcialmente. Y en el nivel más alto, en la sublimidad misma, se hallarían los libros que nunca adquirieron soporte físico porque apenas fueron una insinuación relampagueante en la mente de su potencial autor y cuya fugacidad estaba estrechamente ligada a su radical insoportabilidad; nadie podrá nunca llegar a recuperarlos y parece que sólo aquí adquiere algún sentido la tontería de Wittgenstein cuando, al comentar su *Tractatus*, afirmó que lo mejor de su libro era la parte no escrita.

Precisamente, a propósito de Wittgenstein, pero uniéndolo con Heidegger o con tantos otros escritores crípticos de nuestro siglo (¡esos churruiguerescos escritores de la postmodernidad francesa!), cabría pensar que sobre ellos gravitaba también la concepción que aquí defiendo: la oscuridad de muchos de sus escritos, además de buscar la constitución de una escuela mística y el servicio reverencial de los acólitos de turno, parece pretender su impublicabilidad y, en algún caso, casi se intuye la decepción del autor ante el conocimiento general de su obra (en el caso de Heidegger, la reclamación de la simplicidad e incluso del silencio en el lenguaje ontológico creo que apunta con sinceridad en la dirección de lo impublicable). Pero la impublicabilidad a la que aquí me refiero no derivaría del enmarañamiento de un lenguaje y ni siquiera de la complejidad de los conceptos. Los libros impublicables pueden ser formalmente sencillos y no refinados conceptualmente. De ellos destilaría una hondura metafísica o una profundidad existencial que no necesita de ornato artificial. Cortázar planteó algo parecido en su fabuloso relato "El perseguidor": su gran filósofo no es un eminente o rebuscado catedrático, sino un músico de jazz que, como Sócrates, que dicen que no escribió nada, se ensimisma en su captación directa de lo místico. Mi libro impublicable sería sencillo y directo, pero abisal o simático, como Sócrates o como el perseguidor de Cortázar.

Valga lo aquí expuesto como lanza arrojada contra la comercialización de la cultura, contra las pretensiones de dominio editorial del pensamiento y, con Nietzsche y Lyotard, contra la imposición monolítica y atemorizadora del discurso del Todo. Vaya también contra ese Schopenhauer que, en su última etapa, parece retroceder a una hegeliana fe en el espíritu superior de algunos hombres para rescatar el valor de las grandes obras. Piénsese, para

rematar mi tesis, que ni siquiera la investigación futura a la que me he referido, encargada de reescribir la historia de la literatura, podría conseguir nada definitivo: en cuanto un libro olvidado fuera descubierto y publicado, por ello mismo, se haría sospechoso de superficialidad y encubrimiento y la búsqueda del mejor de los libros debería reiniciarse. La tarea debería ser inacabable, sin alcanzar nunca ninguna seguridad.

Valga también lo expuesto contra la obsesión de la fama y de la perdurabilidad que atenaza la capacidad creadora de los ingenios actuales (“Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros”, Lucas, 6,26). Nada mejor, por eso, que corear con Pessoa:

*Siéntate al sol. Abdica
Y sé rey de ti mismo.*